# Un "Mensaje a García"

Teniente Primero
César Alvarez Herrera

*Al egresar como alférez de fragata hace algunos años y desempeñándome como oficial de dotación de uno de nuestros buques, recuerdo como si fuera ayer que, para cierta ceremonia que se iba a realizar a bordo, mi jefe me ordenó conseguir pintura y presentar pintado el buque en tres días; al término de la orden me dijo: "Esto es un "Mensaje a García". Definitivamente esta última frase quedó en mi memoria formulando la interrogativa sobre su significado, puesto que nadie me explicó y tampoco encontré bibliografía alguna que pudiera aclarar mi interrogante en ese momento. Pasó el tiempo y con la experiencia adquirida durante estos años de oficial quedó definida la frase como "la orden que debe ser cumplida a como dé lugar". Todo esto se complementó con las enseñanzas recibidas a través de los cinco años en la Escuela Naval y lo que resultó fue "el cumplimiento a cabalidad de las órdenes que se reciben".*

Pero a través de los años el ser humano va madurando y ve desde otra óptica lo que en un inicio le pareció aburrido y molesto. Las nuevas generaciones empujan a las viejas por el mismo ritmo y ley de la vida, pero muchas veces vienen con ciertas corrientes no muy paralelas a las ya establecidas en una institución como la nuestra; si bien es cierto que debemos someternos a cambios en busca de un óptimo desarrollo buscando el error "Cero", esto no significa trastocar el significado de lealtad y obediencia al superior. Muchos de los nuevos oficiales truncan su carrera por el hecho de no cumplir o cumplir de acuerdo a su criterio una orden, orientados por tendencias que no son aplicables en nuestro trabajo.

Ésta es sólo una pequeña introducción a la historia de Elbert Hubbard, que tiene un gran significado en nuestras vidas y muy pocas veces la entendemos en el momento y lugar adecuado. He podido rescatar estas líneas y las hago de conocimiento de los lectores con la finalidad de poder contar con oficiales y personal más dedicados a nuestra institución.

En todo el asunto de la guerra por la independencia de Cuba hay un hombre que sobresale en el horizonte de mi memoria como el planeta Marte en su perihelio. Cuando se declaró el conflicto entre Cuba y Estados Unidos era muy necesario comunicarse pronto con el Jefe de los insurrectos. Encontrábase García allá, en el interior de Cuba, sin que nadie supiera su paradero.

Era imposible toda comunicación con él por telégrafo o por correo. El Presidente tenía que contar con su cooperación sin pérdida de tiempo. ¿Qué hacer?

Alguien dijo al Presidente: "Hay un hombre, llamado Rowan, que puede encontrar a García, si es que se le puede encontrar".

Se trajo a Rowan y se le entregó una carta para que a su vez la entregara a García. De cómo fue que este hombre, Rowan, tomó la carta, la selló en una cartera de hule, se la amarró al pecho, hizo un viaje de cuatro días y desembarcó de noche en las costas de Cuba en un bote sin cubierta; de cómo fue que se internó en las montañas, y en tres semanas salió al otro lado de la isla, habiendo atravesado a pie un país hostil, así como entregado la carta a García, son cosas que no tengo deseo especial de narrar en detalle. Pero sí quiero que conste que Mac-Kinley, Presidente de los Estados Unidos, puso una carta en manos de Rowan para que éste se la entregara a García.

Rowan tomó la carta y no preguntó: "¿Dónde está García?"

¡Loado sea Dios! He aquí un hombre cuya figura debe ser vaciada en imperecedero bronce y puesta en estatua en todos los colegios del país. No es la enseñanza de libros lo que los jóvenes necesitan sino aquellos actos que produzcan el endurecimiento de la vértebras para que sean fieles a sus cargos, para que actúen con diligencia, para que hagan la cosa: "Llevar el mensaje a García".

El General García ya no existe, pero hay otros Garcías.

No hay hombre que haya tratado de administrar una empresa que requiera mucho personal, que a veces no se haya quedado atónito al notar la imbecilidad del promedio de los hombres, la inhabilidad o la falta de voluntad de concentrar sus inteligencias en una cosa dada y hacerla.

La asistencia irregular, la desatención ridícula, la indiferencia vulgar y el trabajo mal hecho parece ser la regla general. No hay hombre alguno que salga airoso de su empresa a menos que,

quiérase o no, por la fuerza, obligue o soborne a otros para que le ayuden, a menos que, tal vez, Dios todopoderoso, en su bondad, haga un milagro y le envíe al Angel de la Luz para que le sirva de auxiliar.

Usted, lector, puede hacer esta prueba. Se encuentra en estos momentos sentado en su oficina. A su alrededor tiene seis empleados. Llame a uno de ellos y pídale lo siguiente: "Tenga la bondad de buscar en la Enciclopedia y hágame un memorándum corto sobre la vida de Correggio".

¿Cree usted que el empleado contestará: "Si señor", y se marche a hacer lo que le dijo?

Nada de eso. Lo mirará de soslayo y le hará una, o más, de las siguientes preguntas:

¿Quién era Correggio?

¿En cuál Enciclopedia?

¿Dónde está la Enciclopedia?

¿Acaso fui empleado para hacer esto?

¿No querrá usted decir Bismarck?

¿Por qué no lo hace Carlos?

¿Murió?

¿Hay prisa para eso?

¿No sería mejor que le trajera el libro y usted mismo lo buscara?

¿Para qué quiere usted saberlo?

Y me atrevería a apostar, diez contra uno, que después que haya contestado el interrogatorio y explicado la manera de buscar información que necesita, y por qué la necesita, su empleado se retira y obliga a otro compañero a que le ayude a encontrar a García, regresando poco después diciéndole que no existe tal nombre. Desde luego, puede darse el caso en que yo pierda la apuesta; pero, según la ley de promedios, no debo perder.

Ahora bien, si usted sabe lo que tiene entre manos, no debe molestarse en explicar a su auxiliar que "Correggio" está iniciado con "C" y no con "K", sino que sonrrientemente y de buen humor le dirá: "Está bien, déjelo" y dicho esto se levantará y lo buscará usted mismo.

Recientemente hemos estado oyendo conversaciones y expresiones de muchas simpatías hacia los "extranjeros naturalizados que son objeto de explotación en los talleres", así como hacía "el hombre sin hogar que anda en busca de trabajo honrado", y junto a esas expresiones, con frecuencia se emplea palabras duras hacia los hombres que están en el poder.

Nada se dice del patrón que envejece antes de tiempo tratando en vano de inducir a los eternos disgustados y perezosos a que hagan un trabajo a conciencia; ni se dice nada de lo mucho ni de la paciencia que ese patrono ha tenido buscando personal que no hace otra cosa sino "matar el tiempo" tan pronto como el patrono vuelve la espalda. En todo establecimiento y en toda fábrica se tiene constantemente en práctica el procedimiento de la selección por eliminación. El patrono se ve constantemente obligado a rebajar personal que ha demostrado su incompetencia en el fomento de sus intereses, y en tomar otros empleados. No importa que los tiempos sean buenos; este procedimiento de selección sigue en todo tiempo y la única diferencia es que, cuando las cosas están malas, el trabajo escasea, se hace la selección con más escrupulosidad, pero afuera, y para siempre afuera, tiene que ir el incompetente y el inservible. Por interés propio el patrono tiene que quedarse con los mejores, con los que pueden llevar un "mensaje a García".

Conozco a un individuo de aptitudes verdaderamente brillantes, pero sin habilidad necesaria para mejorar su propio negocio, y que, sin embargo, es com-

pletamente inútil para cualquier otro, debido a la insana sospecha que constantemente abriga la creencia de que su patrono le oprime o trata de oprimirle. Sin poder mandar, no tolera que se le mande. Si se le diera un mensaje para que se lo "lleve a García", probablemente su contestación sería: "Lléveselo usted mismo".

Hoy este nombre anda errante por las calles en busca de trabajo, teniendo que sufrir las inclemencias del tiempo. Nadie que le conozca se ofrece a darle trabajo, puesto que es la esencia misma del descontento. No entra por razones y lo único que en él podría producir algún efecto sería un buen puntapié. Sé, en verdad, que un individuo tan moralmente deforme como ése no es menos digno de compasión que el fisicamente inválido; pero en nuestra compasión derramemos también una lágrima por aquellos hombres que se encuentran al frente de grandes empresas, cuyas horas de trabajo no están limitadas por sonidos del pito y cuyos cabellos prematuramente encanecen en la lucha que sostienen contra la indiferencia zafia, contra la imbecilidad crasa y contra la ingratitud cruenta de los otros, quienes, a no ser por el espíritu emprendedor de éstos, andarían hambrientos y sin hogar.

Se dirá que me he expresado con mucha dureza. Tal vez sí; pero cuando el mundo entero se ha entregado al descanso, yo quiero expresar una palabra de simpatía hacia el hombre que sale adelante en su empresa, hacia el hombre que, aun a pesar de grandes inconvenientes, ha sabido dirigir los esfuerzos de otros hombres y que, después del triunfo, resulta que no ha ganado nada más que su subsistencia.

También yo he cargado mi lata de comida al taller y he trabajado a jornal diario, y también he sido patrono y sé que puede decirse algo de ambos lados.

No hay excelencia en la pobreza, los harapos no sirven de recomendaciones; no todos los patronos son rapaces y tiranos; no todos los pobres son virtuosos.

Mis simpatías todas van hacia el hombre que hace su trabajo tan bien cuando el patrono está presente, como cuando se encuentra ausente. Y el hombre que al entregársele una "carta para García", tranquilamente toma la misiva, sin hacer preguntas idiotas, y sin intención alguna de arrojarla a la primera alcantarilla que encuentre a su paso, o de hacer cosa que no sea de entregarla al destinatario, ese hombre nunca queda sin trabajo ni tiene que declararse en huelga para que se le aumente el sueldo. La civilización busca ansiosa, insistentemente, a esa clase de hombres. Cualquier cosa que a ese hombre se le pida, la consigue. Se le necesita en toda la ciudad, en todo pueblo, en toda villa, en toda oficina, tienda y fábrica, y en todo taller. El mundo entero lo solicita a gritos; se necesita, y se necesita con urgencia, al hombre que pueda llevar "un Mensaje a García".